

Fue pronto, en noviembre, porque el cerdo se había puesto tan grande que ya casi ni cabía en la gochera. En la zona se dan las mejores castañas del mundo, gordas como puños, y cebándolos con ellas los gochos no pasan del otoño.

El día era perfecto. Sin una sola nube, el cielo azul cobalto y friolento, el aire seco y limpio que rascaba la porquería de las paredes de los pulmones tras un amanecer helado que había dejado los campos blancos como si hubiera nevado.

Los hombres desayunaban huevos fritos y chorizos y patatas, y bebían anís y sidra, para coger fuerzas. Las mujeres tenían desplegadas ante sí montones de palanganas de todos los colores y picaban montañas de cebollas en grandes tucos de madera. El cerdo gruñía nervioso dentro de la cuadra. Todos saben cuándo ha llegado su momento, pues han nacido para que los matemos. Aunque también pueden gruñir de hambre porque, después de semanas alimentándolos más de lo normal para cebarlos, unos días antes ya no se les da nada para que lo caguen todo y tengan las tripas limpias. Los niños jugaban y gritaban y trasteaban recordando a los vencejos que se habían ido del cielo hacía unos meses. Uno de los niños era Marcelino. Pero él no gritaba ni jugaba ni molestaba a los mayores. No se separaba de su madre y lo miraba todo con los ojos muy abiertos. Era querida y ayudaba a los enfermos, a los poseídos, a los malditos y a los necesitados. El padre, aunque mal bicho y burro como él sólo, era fuerte y sabía de matanzas.

A eso de las nueve, sacaron al gocho enganchado por el pescuezo. Gruñía asustado y la gente decía que era un buen cerdo. Entre todos los hombres, lo sujetaron atándole cuerdas a las patas. Entonces Pacho el matarife asintió y una mujer puso debajo una palangana verde que brillaba como un trozo de vidrio desgastado en el fondo del río. Todo se hizo en silencio. Tan sólo el cerdo gritaba. Pacho cogió un cuchillo grande y viejo, con la hoja ya curva de haberlo afilado mil veces, y de un sólo tajo le abrió al animal el cuello. La sangre comenzó a derramarse como un sifón, empujada por el corazón asustado del cerdo. Una tras otra las palanganas se fueron llenando de sangre. Un pequeño charco desbordaba y fluía por el camino de cemento en regueros que de tan rojos y densos eran casi negros. El aire se impregnaba de tal modo con olor a ozono, alegría, expectación y hierro que daban ganas de aplaudir y reír todo el tiempo. La sangre seguía vertiéndose y las mujeres no dejaban de removerla para que no se coagulara, hasta que se formó tanta espuma roja que asemejaba a la escudilla de un barbero loco.

Después, un hombre repasó todo el cuerpo del cerdo con un soplete para quemar bien los pelos, y otros le pasaron unos cuchillos romos para quitar los restos. El soplete bufaba como un demonio.

Alzaron al gocho y lo ataron hasta que quedó casi de pie, crucificado. Pacho clavó el cuchillo en la parte alta del pecho con fuerza y fue bajando con un corte limpio hasta que las tripas se desplegaron rosadas, moradas, grises y negras y, entonces sí, algunos aplaudieron como niños que por fin han logrado romper la piñata. Sacaron las entrañas y las tiraron en varias palanganas. Con un hacha pequeña troncharon el esternón y le abrieron el pecho. El gocho había dejado de gritar hacía tiempo, pero seguía vivo, porque el corazón aún latía cuando se encontró con el aire frío de la mañana.

Por último, lo dejaron colgando cabeza abajo, con una estaca abriendo el pecho para que se aireara. Entonces, comenzaron a beber para celebrarlo. Las mujeres sacaron sillas, caballetes y tablones y montaron largas mesas que cubrieron con manteles blancos que parecían mortajas de santo de tanto como brillaban bajo la luz limpia del otoño.

Encendieron un fuego en un bidón de gasolina cortado. No notaban el frío por la alegría y el licor, y seguían en mangas de camisa, pero los charcos y regueros de sangre se habían congelado. Lino no apartaba los ojos del cerdo, de cuyo morro caían gotas densas como pintura roja. Uno de los niños se acercó y le preguntó si quería jugar con ellos. Pero Lino no contestó y metió la cara en el regazo de su madre.

Los hombres bebían y comían carne fresca que iban asando en el bidón que hacía de parrilla y discutían a voces, por diversión, como se discutía antes; y así fue pasando la tarde.

Decía Casimiro, alzando el vaso: «El cuerpo ye un caprichoso, no hay que malcriarlo. ¿Que quiere agua? ¡Pues vino!» Y todos coreaban ese «Pues vino» —o pues anís, o pues sidra— cada vez que lo decía y reían contentos. Aunque Casimiro era la prueba viva de lo equivocado de su teoría. Su nariz roja era deforme y estaba llena de bultos como una patata. Los mismos bultos que poblaban su gran barriga, que le colgaba casi hasta las rodillas y que más que barriga parecía un saco lleno de cosas de diferentes tamaños y mal colocadas. De hecho, Miro murió no mucho tiempo después, el pobre.

Y la tarde pasó y llegó la noche y allí seguían. Algunos comenzaron a cantar cantares que sólo se cantaban entonces, habaneras, corridos, vaqueiradas, tonadas, y que no hay cosa más bonita que un grupo de amigos cantándolas. El primero en arrancarse a cantar siempre era Culoalhombro. Lo llamaban así desde siempre porque era jorobo, pero todo lo que tenía su cuerpo de malhecho lo tenía de bonita su voz, y siempre lo animaban en el bar para que se soltara a cantar alguna tonada. Aunque ya hace treinta años que murió, todavía hay viejos que

lo recuerdan y, en las noches serenas de verano, les parece escuchar su voz cálida saliendo del bar y volando por el valle.

Se arrancaba a cantar Culoalhombro y alguna mujer, normalmente La Cuca, lo acompañaba, y poco a poco se unían otras y luego ya todos, y ya sin vergüenza no paraban, un cantar tras otro, mientras se llenaban las copas; y siempre alguno sacaba unos puros y fumaban y hasta las ranas y los pájaros callaban y eran momentos en los que daban ganas de abrazar al que tenías delante, aunque de normal fuera un burro, y todo estaba bien y qué queréis que os digamos: seguramente eso era la felicidad.

El padre de Marcelino no es que fuera mal bebedor, es que desde siempre era malo en todo. Pero cuando bebía demasiado, parecía que se le metía el Diablo dentro. Casi se podía ver cómo esa copa de más le subía a la cabeza. Sus ojos se enturbiaban, dejaban de brillar, como el agua del río cuando una nube pasa delante del sol. Se callaba de repente, incluso interrumpía lo que él mismo estaba diciendo, y agachaba la cabeza. Ponía, además, una postura muy rara que ninguna razón tenía, siempre la misma. Doblaba el brazo y ponía la mano a la altura del pecho. Pero la mano no estaba firme, sino colgando de la muñeca, como muerta. A partir de entonces, sólo bebía y murmuraba en voz baja para sí mismo, como si comentara lo que le rodeaba y lo que le rodeaba no le gustara nada de nada.

—Mira que *yes* puta. Voy *matate*, puta, a ver si dejas de *avergonzame*—dijo, por fin, y todos dejaron de cantar. Su mano seguía colgando, pero se había recogido en un puño, como la cola de un escorpión o una serpiente dispuesta a atacar.

—Venga, *ho*, tengamos la fiesta en paz, coño —dijo Casimiro, que estaba sentado delante de él—. Estamos aquí pasándolo bien, todos amigos. Sírrete otro vaso y vamos a cantar.

—Tú calla, hijoputa. Que voy tener que *rajate* como al marrano—dijo, y su mano se abrió un poco y extendió un dedo para señalar en dirección al cerdo colgando. Dirección hacia la que miraron todos.

—¡A mí no me insulta ni Dios! ¿Vas *rajame*? ¿Sí, *ho*? ¿Vas *rajame*? ¡Tú y cuántos como tú! ¡Me cago en tu puta madre! —gritó Casimiro poniéndose de pie, mientras varios lo sujetaban.

Él no hizo ademán de inmutarse, a no ser el dedo, que volvió a replegarse como la cabeza de un caracol. Su mujer se acercó a él. Le tiró con delicadeza del brazo, dándole a entender que ya era hora de irse.

Y de pronto, su mano se abrió, cogió la navaja con la que habían cortado el pan y le cortó la mano a Casimiro, para después pegarle un tajo a su mujer en la barbilla, intentando alcanzarle el cuello, antes de que varios se abalanzaran sobre él y le sujetaran los brazos.

Casimiro gritaba y gritaba y la sangre de su mano caía y manchaba el mantel blanco.

La madre de Lino no dijo nada y no aceptó que quisieran curarle la herida. Se limitó a ponerse una servilleta en la barbilla, a coger a Marcelino de la mano y, tras disculparse, irse. Fue entonces cuando la Cuca se fijó en que tenía un poco de barriga de embarazada. Por un momento pensó en decírselo a alguien, para que no la dejaran irse sola. Pero no lo hizo y después se le olvidó.